

LAS MORADAS DEL AGUA.

Arquitectura del agua en la provincia de Huelva

PEDRO A. CANTERO

Fotografía: JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ SÁNCHEZ

La gran paradoja de nuestra civilización es el lujo con el que se concibe la morada del hombre y la pobreza que se presta a la del agua. Antaño cuando el bien era alejado se le dio un cuidado particular haciendo de sus edificios moradas emblemáticas que más parecían destinadas a una globalidad que a un simple elemento funcional. Esa globalidad es la que siempre debiera acompañar el construir, concebido como una morada en la que la dimensión poética no es un mero accesorio. Razón tenía Heidegger (1994.135) al decir que *«nuestro pensar está habituado a estimar muy pobremente el ser de la cosa»*. La construcción se toma, de ordinario, al pie de la Técnica, sin tener en cuenta lo fundamental: construir implica habitar. Toda construcción debe tener como fin ser habitada, aun no siendo alojamiento, sí debe ser morada.

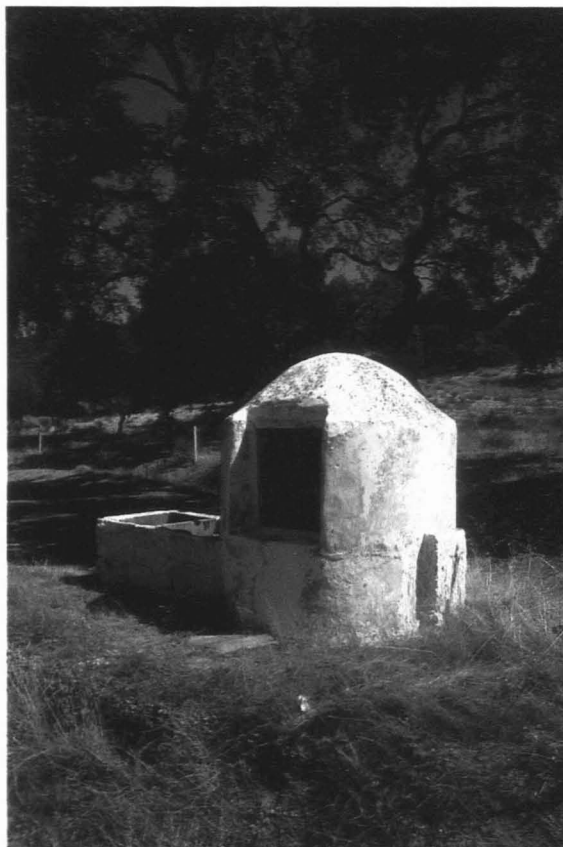
El agua habita la cultura humana, elemento excepcional y cotidiano, por las ideas que sugiere simbolizó el movimiento y la vida. Mas, qué

puede significar para nuestros ciudadanos la que sale del grifo, qué valor otorgan a lo que trae o a lo que arrastra, más allá de la facilidad de tomar, limpiar y evacuar. Hoy día es difícil concebir su compleja dimensión que, lejos de limitarse a sus funciones utilitarias, también jugó un papel capital en la sociabilidad ciudadana, así como un rol ornamental y simbólico «fundamental».

Las representaciones del agua se han desplazado. La memoria del agua es efímera. No pueden despertarlas solamente las rehabilitaciones aisladas de fuentes y lavaderos, acequias y presas, norias, molinos y albercas, la mayor parte de las veces reconstrucciones yertas. No son tanto los edificios como los valores por los que existieron. Qué significaron, qué pueden aún significar. El vacío, tanto más que la ruina, manifiesta una presencia dolida, apremia darle sentido, no malbaratar la ausencia. Más vale la desaparición que la refección deshabitada.



Pozo hortelano de noria en Linares.



Pozo de carretera en Cortegana.

El abastecimiento de los núcleos urbanos

Desde tiempos remotos y con el fin de suministrar a los grandes asentamientos, se ingeniaron sistemas complejos, para los que fueron necesarios artefactos de elaborada técnica. Desde la Antigüedad, se construyeron pantanos, ruedas, canales y acueductos de tamaño colosal. En lo que concierne a la actual provincia de Huelva, uno de los sistemas importantes fue el acueducto que desde las fuentes del Alpizar de la antigua Tejada, hoy en término de Paterna del Campo, partía hasta Itálica, del que subsisten importantes restos repartidos durante toda su trayectoria.

Si las circunstancias obligaron a la creación de poblaciones elevadas, como medio idóneo de defensa, dificultando el suministro de agua, los asentamientos humanos se hicieron con frecuencia a orillas de un río o cerca de una fuente. Son numerosas las poblaciones edificadas en las cercanías de un manantial o el nacimiento de un río: Fuenteheridos junto al nacimiento del Múrtiga, Cortegana junto al del Chanza, Cañaveral y Galaroza al pie de fuentes abundantísimas, Calañas en la vecindad de varios manantiales, El Al-

mendo y Zufre alrededor de un venero. En los pueblos de ribera, los pozos y el cauce fueron las principales formas de suministro, si seguimos la descripción de Madoz: Niebla nos puede servir como ejemplo de villa abastecida por el río, mientras que La Palma se alimentaba por tres pozos —a pesar de la proximidad de dos manantiales formando arroyo—. En las poblaciones elevadas, la mayor parte de las veces, el aljibe, la coracha y el pozo ayudaron a resolver el problema. El mayor inconveniente del cauce radicaba en la salubridad, debida tanto a los vertidos humanos como a las mareas e inundaciones. Eran las clases más humildes las que sufrían la peor suerte ya que las acomodadas se abastecían con agua de mejor calidad, coexistiendo un abastecimiento para los pobres y otro para los poderosos.

Si los cabildos se interesaban por el buen funcionamiento de estos sistemas no fue hasta hace algo más de un siglo en que de manera sistemática se fomentó otra forma de suministro. En el siglo XIX y principios del XX los problemas de abastecimiento se hicieron patentes por varias razones: el incremento de la población, los nuevos conceptos sobre la higiene y la salud pública, la creciente contaminación, dando lugar a normativas sobre el agua y la construcción de fuentes públicas que aseguraban un caudal adecuado y una salubridad conveniente. Válgame como ejemplo el texto que acompaña el proyecto de la fuente de La Reú en Nerva, fuente pública de nuevo patrón, para comprender las preocupaciones que guiaban este tipo de construcciones: *«El proyecto obedece a un principio de progreso y responde a fines tan esenciales que la realización del mismo satisficará las necesidades imperiosas y llenará un objetivo importantísimo como es el abastecimiento de agua a la población. (...) No es bastante, sin embargo, que una población se surta de agua: es necesario que ésta sea abundante y de buena calidad, porque es cierto que el Tifus, la fiebre Tifoidea, el Carbunco, el Cólera y otros infinitos números de enfermedades tienen su principal vehículo de transmisión en el agua»* (Gómez Moreno, 150).

Si las grandes ciudades comienzan entonces a dotarse de un sistema de abastecimiento doméstico y se crean compañías de agua para gestionarlos, en nuestra provincia, excepto algunos casos de suministro a calles pobladas por los pudientes, serían las plazas mayores las únicas que recibieran el ornato y el abastecimiento. Pero empecemos por el comienzo.

Aljibes, corachas, pozos y qanats

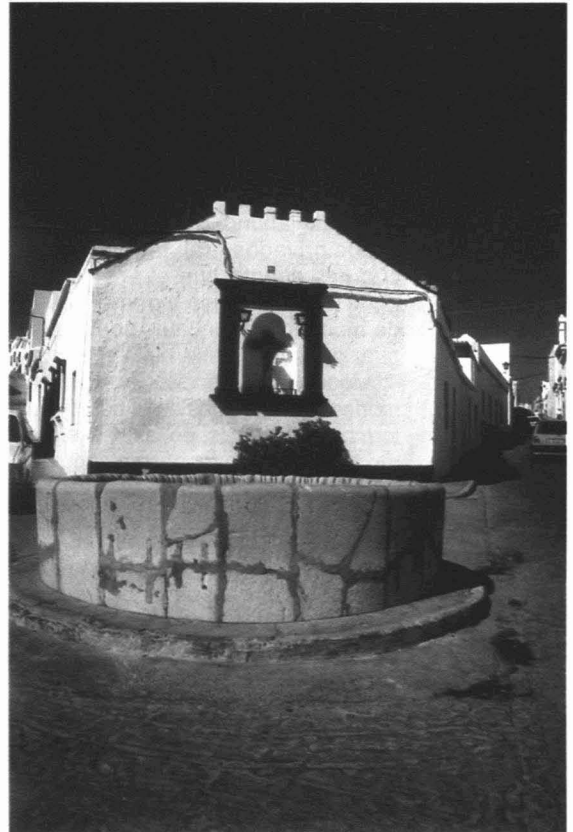
En los bastiones construidos sobre lomas y picachos, hubo que imaginar una arquitectura que recuperara la lluvia y la acumulara en grandes depósitos, horadar pozos dificultosos, así como construir dispositivos de acceso y defensa de los puntos de abastecimiento. Del mismo modo, en las zonas de frecuentes secas los aljibes fueron construcciones obligadas; en ellos se recogían las aguas de lluvia, o se almacenaban las que por algún otro medio se elevaban hasta allí. La recuperación del agua impuso una arquitectura precisa. Los tejados llanos almacenaban la lluvia en cisternas, mediante gárgolas y atanores de metal o barro cocido. Los de teja la recuperaban por medio de canales que la conducían hasta los diferentes recipientes, que podían tomar la apariencia de un pozo, de una sala abovedada, de una bodega, etc. Se pueden encontrar aljibes en muchos cortijos de nuestra provincia, valga como ejemplo los de Monte la Segura y Monterez en Cortegana. En los grandes edificios ocuparon inmensos espacios cuidados como verdaderos templos de agua: castillos, palacios, conventos, estuvieron bien dotados de estos preciosos depósitos. En el castillo de Cortegana se conserva un ejemplar en perfecto estado, de muy fácil acceso mediante gradas como si se tratara de una cripta. En otros casos un brocal permitía el trasiego. En Moguer se encuentran ejemplares de diversa tipología: en el Castillo el aljibe tiene acceso por escaleras mientras que al del convento de Santa Clara, al de San Francisco, o al de la casa de Juan Ramón, se accede por el brocal.

Las corachas fueron muros o espolones que arrancando de la cerca urbana, avanzaban hasta una torre situada junto a la toma de agua. Las corachas no abastecían directamente la población, pero permitían el acceso al río, al pozo o a la fuente, en caso de asedio. Una torre albarrana defendía el lugar de suministro. La Puerta del Agua en Niebla bien pudiera haber tenido un espolón de este tipo para permitir el acceso al río, del que también coge el nombre: Bib-al-Guadí.

Con el aljibe, el pozo representó la forma más corriente de captación urbana. Podían ser excavaciones verticales hasta una vena de agua natural, o suministrada por un qanat desde otro venero. Aunque los hubo concejiles, la mayor parte de ellos fueron privados: de agua dulce o salobre, rurales o urbanos, agrícolas o

domésticos, de polea o de noria, de sogas o cadena; cubiertos con cúpula o cobertizo, encastrados o exentos, anchos o estrechos, protegidos por brocales de piedra, cerámica, hierro o fábrica de ladrillo y argamasa; a veces se le añadía una pileta para que el ganado pudiese abrevar, o un lavadero, cuando no los dos.

Existieron pozos públicos que surtían a un barrio y del que todos los vecinos cuidaban. Eran, como las fuentes, lugar de reunión y palabreo. Lepe, según Madoz, se surtía de un pozo comunal. La Palma tuvo tres pozos públicos: Fuentevieja, Fuente-nueva y el de Las Vacas. Encinasola conservó un pozo concejil de buenas dimensiones, hasta época reciente, junto al Pilar de Acá. En San Silvestre subsiste aún el de la Barriada de Pío XII. Ayamonte, a mediados del siglo pasado, a excepción de una fuente en la Plaza de San Francisco, sólo se abastecía de pozos; el Pozo de la Villa puede sea un ejemplar de los mejor conservados; en él se distinguen las trazas de sogas que ocasionaron el pasar del tiempo y el trajín del agua. Como punto de agua concurrido organizó el espacio centrando la perspectiva urbana; en el ángulo de dos calles una imagen del Crucificado completa el marco, presidiendo el lugar y como mejor manera de sacralizarlo.



Pozo de la villa en Ayamonte.



Pozo doméstico de los años 20, en un patio de Alajar.

Si es cierto que, para el consumo humano, se privilegió el agua de las fuentes, el pozo facilitó faenas agrícolas y tareas caseras, aun cuando no era común en los hogares humildes, fue este sistema el modo de abastecimiento directo más generalizado hasta el advenimiento reciente del agua corriente en las casas. En todas las comarcas, incluso en la Sierra tan abundante en fuentes, los pozos privados eran tanto más frecuentes cuanto que el acarreo del agua era dificultoso y que el caudal de muchos manantiales podía menguar durante el estío.

Medianeros y sencillos en las casas modestas, centrados en el patio y con formas elaboradas, en las casas acomodadas; el pozo permitía que la labor doméstica fuera más llevadera, sus alrededores eran lugares de frescor donde macetas y recipientes convertían el espacio en un pequeño oasis. Él fue un habitante más de la casa, su estado preocupaba como podía hacerlo el de un ser vivo. Se hablaba de su delgadez o de su gordura, de su vida profunda que el galápagos a veces encarnaba. En cierto modo el animal era el garante de la pureza de sus aguas, el guardián de aquellas profundidades. En lo hondo se abandonaban objetos, como forma de continuar su vida entre los hombres. Cer-

canos y olvidados, allí quedaban medallones, llaves, bolinches, monedas... Su omnipresencia le hacía ser cuidado y temido como si se tratase de una criatura ambigua. Con el fin de alejar a los niños del peligro se les asustaba con seres ocultos, o pequeños monstruos. Pero el temor era de todos compartido; María del Valle, poeta de Chucena, resume en pocos versos la relación de la mujer y el pozo, como en un encantamiento, ese latir de vida y amenaza de muerte, ese saberlo vecino, vivo y hambriento:

«Alguien lo sembró allí,/ tan vertical y fiero,/ como hundido mar acorralado,/ donde la muerte fluye/ y se avecina/ para invitar al fondo./ Niños sedientos, manos de todos los galápagos,/ monedas/ con la inscripción del miedo,/ enajenan el agua./ Basta mirar/ para sentir el eco de las sombras,/ el imán que proponen sus espejos/ y el vértigo feroz que la mente recorre./ Ampárame brocal de tu soberbia./ De tu estrecho/ bajar/ definitivo».

Existentes en la Península antes de su llegada, los árabes desarrollaron formas de captación subterráneas de origen persa: los qanás o qanats. Se trata de una galería particularmente eficaz en los terrenos arenosos, aunque su técnica se empleó en otros lugares de naturaleza distinta. Si la galería es larga tiene varios pozos debidamente espaciados, cuyas profundidades eran marcadas por los diferentes niveles de terreno. Desde los cartagineses y romanos se han seguido utilizando hasta nuestro siglo. Muchos manantiales que creemos naturales no son otra cosa que captaciones de este tipo. Una de las fuentes más antiguas que se abasteció de esta forma es La Fontanilla de Paterna, de origen árabe; está situada cerca de la población, donde el agua llegaba hasta una alcoba de ladrillo abierta por arcos. Huelva, según el informante de Madoz, se suministró por este tipo de galerías: *«Es notable el conducto por donde se surte de agua la población. Consiste en porción de galerías subterráneas que forman entre sí un laberinto por debajo de los Cabezos, cuyas filtraciones de agua potable y de excelente calidad abastecieron cumplidamente á los moradores de este pueblo y buques que arribaban en tiempos antiguos, y aunque en el día se encuentra bastante obstruida con dos obras muy mal entendidas que se han practicado, da el agua casi suficiente para las necesidades comunes, si bien se aprovechan ahora las de los pozos no tan delgadas como*

aquellas, ni tan sabrosas y cristalinas».

Esta técnica de minas subterráneas se adoptó también en zonas rurales para surtir diferentes sistemas. El Socavón de Vázquez en Galaroza se construyó para suministrar agua finísima a las casas de las familias pudientes; otros proveían albercas para facilitar el riego de huertas como el Socavón del Sota en Galaroza o la Caña de Fernán Gómez en Cortegana. En Galaroza y Cortegana existen dos fuentecillas públicas alimentadas por este procedimiento: la del Callejón, bajo la carretera de Almonaster en Cortegana, y la del Socavón en Galaroza, esta última muy apreciada por la finura de sus aguas. En Campofrío dos fuentes de épocas distintas se abastecen con esta técnica. Cañas, minas, socavones, galerías, son frecuentes en nuestra tierra, con el fin de buscar un caudal constante reuniendo aguas superficiales o nutriendo una vena original irregular. El informe pericial de la fuente de La Reú en Nerva, aun procediendo de un manantial, aconseja la construcción de galerías de recuperación para: *«fijar el nivel de las aguas subterráneas en verano y ver si alcanza al de la población y son susceptibles de alegrarla y ponerla en movimiento por medio de minas»*, (Gómez Moreno, 151-152).

Las fuentes

Se llama fuente tanto a un manantial como a la construcción o al artificio que hace brotar el agua en lugares públicos o privados. Estos últimos pueden cubrir un manantial o hacer salir el caudal encauzado desde un depósito o por un qanat, que por aquí llaman socavón, mina o caña. En la comarca de La Sierra se conserva una tipología variada.

La razón de su construcción se debió a diferentes factores, el más antiguo fue el de preferir el agua «viva» de las resurgencias a la de los pozos urbanos, de los ríos o acequias situadas en la parte baja de los pueblos y por lo tanto fácilmente contaminadas por el arrastre de las basuras, en cuanto a su generalización, se debió, a partir de finales del siglo XIX, gracias al progreso de los conocimientos en materia de higiene y prevención y a las luchas políticas que éstos provocaron.

A pesar de que se conocían técnicas de abastecimiento capaces de transportar el agua desde lejos, hasta nuestro siglo, pocos pueblos disponían de fuente en el centro del casco urbano. Si hubo algunas poblaciones construidas sobre un ma-



Fuente de Zufre.

nantial, como pudo ser el caso de Zufre, donde la Fuente del Concejo mana a los pies del ayuntamiento, o el caso de la actual villa de El Almendro, nacido en el lugar que llamaban «El Agua del Almendro», pocos núcleos tuvieron el privilegio de tener un manantial en el mismo centro. Dos leyendas locales surgen alrededor de manantiales en Aracena: La Zulema y La Julianita, población bien dotada de fuentes y abrevaderos. Con 4.370 habitantes a mediados del XIX, contaba la ciudad con cinco fuentes públicas, dos dentro del casco urbano (El Pilar y Cantarranas) y otras tres en las inmediaciones (El Concejo, La Zulema y el pilar de la Albuhera). La de la Albuhera es un ejemplar complejo con cuatro funciones: fuente, abrevadero, lavadero y albuhera —que sirvió para el regadío y de baña y abrevadero para el ganado chico—; recientemente restaurada se puede vivir en ella el gozo del agua tanto en los caños, como en las pilas o en la charca habitada por ranas y el vuelo de golondrinas.

En la mayor parte de los casos, las fuentes eran escasas y a menudo situadas en los arrabales de villas y aldeas. Baste citar algunos ejemplos de villas de nuestra provincia que no poseían fuente pública en su



Fuente del Concejo, Aracena. Su elegante factura es debida a Aníbal González.

interior en la primera mitad del siglo XIX, tal como los atestigua el Diccionario de Madoz: de Gibrleón, con 2.804 habitantes, se dice: «*En las inmediaciones de la villa se encuentran varias fuentes de agua potable, de las que se surten los vecinos*»; Alosno con 2.884 habitantes poseía tres fuentes públicas «*alrededor del pueblo*»; Bollullos, con 4.638 habitantes, contaba con dos fuentes en las cercanías para el abastecimiento

de la población, una abundante en el Camino de La Palma, y otra menos copiosa, la de San Antonio, obstruida desde hace años; en cuanto a Moguer precisa los muchos manantiales que se encuentran en el término, haciendo mención de los tres que surten a la población, de los cuales sólo uno de sabor agradable. En realidad una fuente para el consumo de 5.427 habitantes. Sólo la existencia de pozos en las moradas pudientes remediaba el abastecimiento.

Las fuentes fueron sobre todo frecuentes en los descansaderos de los caminos reales y veredas de carne, cercanos a las aglomeraciones, para facilitar el desplazamiento del ganado y el buen desarrollo de las comunicaciones, ya que hasta la era del automóvil, realizándose los transportes por tracción animal, el abrevadero prefigura la gasolinera, en la entrada de los pueblos (Lemeunier, 13). Cumbres Mayores posee dos espléndidos ejemplares de este tipo. La Fuente del Rey de Encinasola y sobre todo El Pilar de Acá y El Pilar de Allá son también fuentes construidas en encrucijadas de caminos que abastecieron al hombre y al ganado. Zalamea posee tres modelos distintos en diferentes entradas del pueblo: La Fuente del Fresno, la más urbanizada de las tres —con funciones bien separadas—, El Pilar de las Indias y, sobre todo, El Pilar Viejo, ejemplo que da cuenta de un antiguo tráfico de ganado, propio de un lugar donde se reunía gran número de bestias. Desde la aparición del ferrocarril se construyeron fuentes en todas las estaciones, la aducción de agua era necesaria al propio funcionamiento de las locomotoras y las fuentecillas sirvieron para amainar la sed de los viajeros.



Fuente Redonda, Cañaverale de León.



La Laguna, Cañaveral de León.

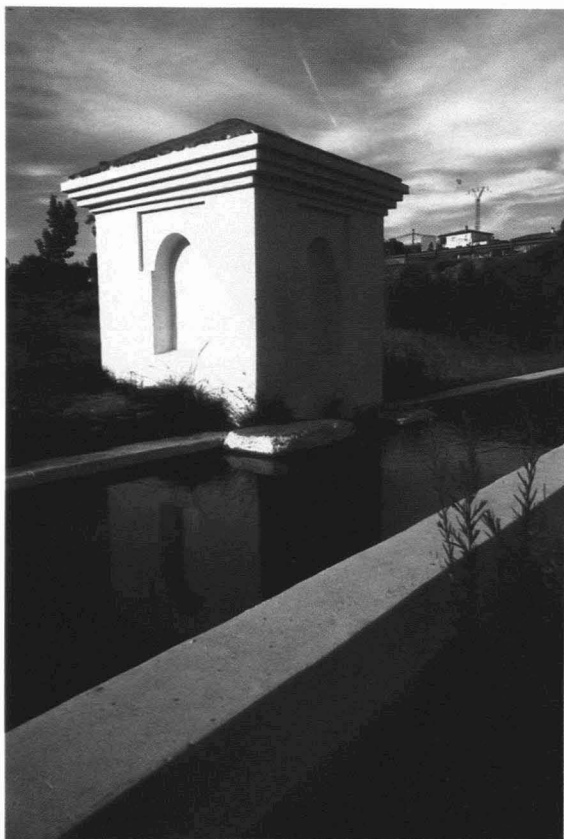
Si hasta finales del siglo XIX gozar de agua corriente era un bien raro que se limitaba a las casas nobiliarias y grandes conventos, como ya queda dicho, es también tardía la aparición de la fuente en la plaza principal, cuando no estuvo desde el origen de la población. Captar y canalizar el agua hasta el mismo corazón del pueblo se puede considerar una gracia de cabildos ricos e ilustrados o fruto de una conquista.

Fueron los momentos de conciencia política avanzada los que permitieron progresar notablemente en este sentido. En nuestra provincia existen pocos surtidores de época renacentista y no son muchos los construidos en el XVIII; los más importantes datan tan sólo de finales del XIX o principios del XX. En este siglo fueron la Dictadura de Primo de Rivera y sobre todo la República momentos de particular desarrollo para este tipo de proyectos. Durante el franquismo, mientras por toda Europa se llevaba el agua a domicilio en la mayor parte de las zonas rurales, en nuestra región se acometían aún construcciones de fuentes públicas y lavaderos como forma de progreso sin visión de futuro. Fueron varios los lavaderos de los años sesenta que se utilizaron el tiempo de inaugurarlos o poco más.

Era frecuente encontrar en la fuente principal de un pueblo una referencia conmemorativa o una alusión a lo sagrado (cuando no las dos a la vez). Se contaba con una pieza destinada al abastecimiento humano, otra para abreviar el ganado, una cuarta para lavar la ropa y un elemento final como cabeza de almacenamiento destinado al regadío o para

suministrar energía. La estructura del conjunto asume comúnmente el buen funcionamiento de los distintos usos. Con la nueva construcción se pretende representar dignamente a la comunidad. El edificio reviste entonces una importancia simbólica excepcional, a la bondad de las aguas y a la sociabilidad que genera se une el aspecto monumental y conmemorativo que con la iglesia y la alcaldía son los monumentos que simbolizan y representan a la comunidad. A menudo, termina viéndose englobada en el casco urbano ordenando el espacio hasta formar una plaza. La idea de plaza asociada a la fuente acaba por ser un tópico de ordenamiento urbanístico.

Cañaveral de León es un ejemplo rudimentario de aprovechamiento integral, con las distintas funciones bien distribuidas en un amplio espacio, que cubre todo el límite occidental de la población. El Manantial se encuentra a un tiro de piedra de la Fuente, en los años de sequía se hizo un pozo con el fin de tomar el vengero entre unos riscos, que en los buenos años aflora por varios sitios. La Fuente Redonda es el primer eslabón del conjunto. Pequeño círculo con graderío de piedra hoy en medio de una plazuela. A pesar de su singular atractivo, la tarea debió ser tanto más penosa que se cumplía agachada, de rodillas o en cuclillas había que llenar cántaros y botijos con tino suficiente para que no entrasen briznas, cumplir un largo y penoso trayecto para la mayor parte de las aguadoras y seguir un turno para el agua del consumo humano, cuya calidad era tanto mejor como más cerca se cogiese de la boca. Con la nueva



Pilar Viejo, Zalamea.

conciencia política de salud pública, ya en este siglo, se edificó en una encrucijada central la Fuente del Botón, que permitía obtener con mayor facilidad un producto más seguro.

El caudal de la Fuente Redonda, desemboca en una larga acequia que llaman el Pilar. Allí abrevaban las caballerías que podían aprovecharse en gran número. Al cabo de este cauce se encontraban los lavaderos, hoy en día desaparecidos, donde las mujeres trajinaban arrodilladas. Aún después de construidos los lavaderos nuevos, allí acudieron a limpiar las tripas de los cerdos sacrificados en invierno.

El eslabón más importante es el de La Laguna, albuera de gran tamaño donde se recuperan las aguas con el fin de aprovecharlas para el regadío, así como, antaño, para mover un molino de trigo y una almazara de rueda hidráulica. Su aspecto primitivo diferiría del actual por no estar su fondo hormigonado y tener uno de los costados abiertos con el fin de servir de abrevadero al ganado chico y de baña a los guarros del Concejo. Abrevaderos más que suficientes para la localidad así como para los que acudían a la Feria de Setiembre. A finales de los años sesenta se transformó la baña de ganado en «piscina» pública, nombre con el que hoy se la conoce.

Por debajo de la Laguna discurre la Calleja del Agua, verdadera reguera por donde el caudal fluye entre el mentrasto, al pie de los viejos molinos, sorteando las lievas hasta El Chorrero, para regar unas huertas donde tan solo se planta lo necesario al consumo familiar.

Sociabilidad de la fuente

La fuente era un lugar de sociabilidad. Si en la mayor parte de los pueblos y ciudades que no disponían de manantial en su interior, el agua se acarrea desde puntos alejados por aguadores que la distribuían por los barrios, no todos los hogares se podían permitir ese gasto; en las casas modestas, donde había mozas o mujeres con energía suficiente, no se acudía al servicio de aquéllos. Pese al aguador, el transporte del agua fue tarea de mujer: la faena del agua incumbía a la población femenina humilde; hubo aguadoras en gran número que no sólo abastecían penosamente sus propias casas sino la de los pudientes.

No podemos olvidar la profunda ambigüedad de la fuente: permite reunirse a un público diverso, en una misma área. Si esto ya no es algo obvio, es imprescindible tener en cuenta que facilitaba el encuentro entre hombres y mujeres, en una sociedad en la que la separación de géneros se inscribía en el espacio. Los usos múltiples y bien repartidos hacen de la fuente uno de los elementos urbanos más dinámicos. Me parece necesario recordar la diversa población que se reunía, tanto en las fuentes de veredas como en las urbanas. En los caminos como en los pueblos, en los abrevaderos, así como en las albercas de riego, espacios masculinos por excelencia, se cruzaban gañanes, arrieros, molineros, hortelanos, buhoneros, aguadores, tratantes, (...) lo cual daba lugar a encuentros ordinarios o insólitos, a fricciones, tratos, arreglos o simples saludos e intercambios sobre el estado del ganado, del cielo, o de la tierra. La fuente urbana y los lavaderos sirvieron de ágora a las mujeres; allí se enconaban o solucionaban conflictos, se daba libre curso a la palabra. Ambos se hallaban a menudo dentro de recintos bien marcados; la fuente podía resultar un «salón» con gradas y bancos que permitían el acceso y la espera; en cuanto a los lavaderos, se fueron enriqueciendo con el paso del tiempo con elementos funcionales que facilitaban la estancia y las tareas de lavado. Si en ciertos momentos la faena primaba sobre el resto, había otros en los que



Fuente de Los Doce Caños, Galaroza.

ir a la fuente servía de pretexto para encontrarse. La sociabilidad que generaban preocupó a las autoridades hasta el punto de considerarla uno de los focos donde el mantenimiento del orden público parecía más precario. Esta concurrencia dio a algunas una importancia capital en el ordenamiento urbanístico y, como ya se ha dicho, ocurrió con frecuencia que de hallarse en los arrabales pasaron a encontrarse, con el paso de los años, en el centro de la población y se convirtieron en uno de los mejores ornatos del pueblo.

El caso de Galaroza es una muestra de esta evolución. La Fuente de los Doce Caños fue antiguamente un amplio manantial a las afueras del pueblo, bordeado de lanchas, de donde las mujeres sacaban el agua. Con el remanente abrevaba el ganado, se proveían unos lavaderos, se regaba un extenso pago de huertas y se accionaban varios molinos. A finales del XIX se remodela el conjunto procediendo a la construcción de tres espacios bien diferenciados: fuente, abrevadero y lavadero, de los que la fuente adquirió un aspecto privilegiado. Recinto asalonado en forma de lira, con dos amplios bancos y solería de mármol blanco, rematado por un frontón monumental, coronado por dos damas recostadas sobre un blasón romántico. Se realizó

su perspectiva con una alameda, «con lo que este elemento quedaba aún más enfatizado y valorado» (Rodríguez Beneyto, 114). Aquel lugar llamado Los Álamos, se convirtió en pocas décadas en el verdadero núcleo de la población. Allí se cumple, probablemente desde entonces, una fiesta peculiar, los Jarritos, que reúne año tras año hombres y mujeres en un combate lúdico como celebración de un caudal urbanizado. Pese al desbarato de los lavaderos y del abrevadero, que merecerían una reestructuración adecuada, no conozco fuente tan bien cuidada en toda la provincia, al menos desde que la nueva corporación municipal reconociese en ella el edificio civil más emblemático de la villa.

Tres postales existen de la vida de la fuente hace un siglo en Fuenteheridos; en ellas mejor que cualquier descripción se nos muestra la tipología antigua, tal como podía ser la de Galaroza y, salvando las distancias, como la que aún se conserva en Cañaverall; sobre el antiguo emplazamiento hoy existe una plaza, lugar de reunión por excelencia. En Linares de la Sierra, existen dos ejemplares de gran interés etnológico; en ellos pueden apreciarse tres espacios bien diferenciados: el del abastecimiento doméstico, el abrevadero y el de los lavaderos. El más antiguo queda en un extremo del pueblo impenetrable a los cambios de nuestro siglo, mientras que el más reciente atrajo el urbanismo hasta formar una plaza ovalada de indudable atractivo; en él se sigue tomando agua para el uso doméstico, abreva el ganado y siguen lavando las vecinas por la calidad de sus aguas. Cortegana perdió la fuente monumental que se alzaba frente al ayuntamiento, si bien conserva varias otras. El conjunto más interesante es el de la Fuente del Chanza; a pesar de la forzada urbanización del espacio y de la escasa sociabilidad del lugar, mantiene un encanto marcado tanto por la vegetación de los huertos vecinos como por la calidad de conservación del barrio.

Los molinos

Los molinos movidos por el agua pueden ser de marea o de río, dividiéndose ambos en dos grandes familias según el tipo de rueda: los de rueda horizontal, o de rodezno, y las aceñas —ceñas, señas, o acenas—, con rueda vertical de tipo vitruviano. Las aceñas a su vez son de dos tipos según reciban el agua por arriba o por debajo de las palas. Estas aceñas que se encuentran en el



Almazara de rueda hidráulica vertical, Valdelarco.

mismo cauce podían estar instaladas en un edificio estable o en barcazas o sistemas flotantes sobre el río. Las aceñas inmóviles eran por lo general molinos de grandes dimensiones situados sobre los ríos caudalosos, precisando azudes que asegurasen un caudal de agua suficiente para mover las grandes ruedas de paletas. Requerían una sólida construcción, generalmente de sillería, que resistiera las grandes avenidas. Si las que recibían el agua por arriba, a menudo con rueda de cangilones, no precisaban tanto caudal adecuándose a ríos menos caudalosos, no conozco la existencia de algún modelo de cauce con rueda vertical en nuestra provincia —aunque, como ya veremos, la toponimia guarde su memoria y quedan almazaras cuya rueda vertical se alimentaba por un caz inclinado o un acueducto de obra—. En cuanto a los molinos flotantes de rueda vitruviana debió haberlos sobre el Guadiana, pero no podría documentar su existencia en los límites que nos incumben.

Los molinos de regolfo y de rodezno son los tipos de rueda horizontal. Los molinos de regolfo, con rodete, son los antecesores de las modernas turbinas. Pedro Juan De Lastanosa, pseudo Juanelo Turriano, los describe en *Los Veintiún Libros de*

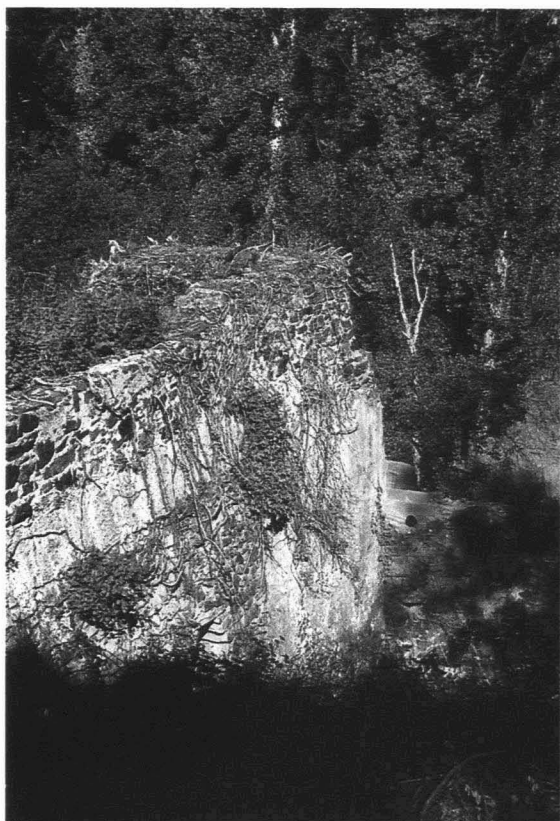
los Ingenios y de las Máquinas, así como Francisco Lobato en su famoso manuscrito, lo cual indica su probable uso en Aragón y Castilla en el siglo xvi. En este tipo de ingenio un rodete está ajustado en un cilindro, con lo cual el agua se ve forzada a girar en las paredes del tubo desarrollando una energía que impulsa con gran potencia la rueda que mueve las muelas. Este tipo de ingenio fue utilizado en algunos molinos de marea de nuestro océano, sin que conozca restos o documentos que hagan referencia a su existencia en nuestros molinos fluviales.

Fueron los de rodezno, con o sin cubo, los que más abundaron por tierras onubenses. Describiremos más adelante los de cubo; en cuanto a los que carecían de él (también llamados de canal) eran muy similares a los primeros sólo que hacían llegar el agua desde la presa al rodezno por medio de un canal inclinado.

Molinos harineros de rivera

Dejando deliberadamente de lado los molinos de aceite, de los que queda algún que otro ejemplar en La Sierra y a los que no he dedicado un estudio minucioso, trataré aquí de los molinos harineros de rivera. Repartidos por toda la provincia, en particular en las zonas donde más abundaba el agua, como ya podremos comprobar. Javier Escalera Reyes (1985, 42-50) describe el molino harinero serrano, con gran detalle, en uno de sus variados artículos sobre la molinería; para todos aquellos que quisieran saber más sobre la técnica y la vida molineras os remito a la bibliografía de este autor.

Generalmente el molino va precedido de una pequeña represa de diferentes tipos con el fin de almacenar agua suficiente para moler. Una lieva, también llamada cao, caz o cavucera, conduce el agua hacia el cubo, o los cubos cuando existen varios. Podía ocurrir que se careciese de dique para la reserva propia y la lieva cogiese el agua directamente del cauce o de la regadera madre, o que en ocasiones el cao se ensanchara sirviendo de reserva, como puede aún verse en Arroyomolinos, desde el puente de la Gitana. El pozo o cubo es una construcción vertical en anillos de piedra cavados o superpuestos, cuya anchura de boca oscila entre uno y tres metros, medida que se estrecha conforme baja, para hacer aumentar la presión. Si la caída es generalmente vertical, Javier Escalera hace referencia de algunos de boca muy ancha, abierta en forma trapezoidal



Caz y cubo de un molino harinero, rívera de Linares.

o en herradura, que presentan una caída en rampa, en cuyo fondo se encuentra un pozo de escasa profundidad, o directamente el hueco que comunica con la bóveda (Gil Márquez, El Castañuelo, Aroche, El Rosal, Aracena). En la desembocadura del cubo está emplazada la saetilla o saetín, conducto de madera de forma piramidal, regulado por una paraera. La saetilla propulsa el agua en las cucharas del rodezno haciéndolo girar. Este último elemento se halla en el cárcavo (también llamado bóveda, o cueva), cámara excavada en la roca o construida en fábrica, que desagua al exterior por una boca en arco. Sobre la bóveda se levanta la sala de molienda, sala en la que se encuentran las piedras y otros elementos necesarios para moler. Algunas veces existen dependencias anejas que sirven de almacén o de cuadra. Ciertos edificios poseían un doblao.

Como queda dicho, el elemento fundamental del molino es el rodezno —o *rœ'no*—, rueda de configuración y dimensión variable. Ésta puede ir de 80 cm a 2,10 m, medida esta última recomendada en *Los Veintiún Libros de los ingenios y de las Máquinas*. Mi gran amigo Javier Escalera, que tantos ha medido, dice que en la Sierra se utilizaban rodez-

nos con dimensiones entre 1,20 y 1,50 m. González Tascón anota que una medida superior no da mayor rendimiento y presenta problemas de torsión así como grandes dificultades de manipulación en el espacio reducido del cárcavo.

Los tipos observados están compuestos por cucharas unidas en un eje central o bien insertas en unos refuerzos circulares de hierro, formando un cuerpo bien ajustado; en este último, los aros metálicos se unen a la maza mediante cuatro o seis radios de madera. Este diseño, además de su ligereza, ofrecía la ventaja de poder desmontar la rueda y sustituir las cucharas defectuosas. Había que tomar, sin embargo, la precaución de mantener empapada de agua la madera, ya que al secarse «*el rodezno se arruinaba rápidamente*» (G. Tascón, 211). Puede que ésta sea una de las razones por las que en ciertas restauraciones «inertes» se privilegie el rodezno de hierro.

Siguiendo el modelo de molino de cubo, como más frecuente en la sierra, la maza y el varón componen el eje o árbol. La primera es la pieza inferior de madera, de forma tronco-cónica cuya parte superior más estrecha presenta una mortaja en la que se inserta otra pieza de hierro llamada varón o varrón. La función del árbol es la de transmitir el giro de la rueda a la piedra móvil (volandera o corredera), gracias a la lavija, pieza metálica incrustada en la muela. El conjunto del rodezno descansa sobre una viga de madera, llamada cama, mesa o puente, colocada en el suelo del cárcavo, fijada por un extremo y libre por el otro, extremo sobre el que actúa el alivio.

La molienda se efectuaba por el frotamiento de dos piedras circulares, de las cuales la inferior o solera era fija y la superior o volandera giraba sobre la primera. Las piedras talladas en roca dura y compacta tenían dos caras estriadas radialmente por una fina picadura en abanicos (en algunas comarcas se sustituyeron, ya en este siglo, por piedras francesas de fabricación industrial, hechas con piezas de sílex ensambladas). Ambas caras tenían las estrías talladas en sentido contrario, lo que permitía triturar el grano como una maraña de tijeras (afinadero) que al cruzarse lo convertían en harina. Los abanicos de estrías estaban limitados por canales de mayor anchura y profundidad con el fin de evacuar la harina molida, empujada por la fuerza centrífuga de la corredera.

El oficio de molinero implicaba pericia y dedicación. Si la vida del monje estaba supeditada a la oración, la del molinero lo estaba a la molienda. El

molinero podía ser propietario o no de su molino, pero en todo caso estaba sujeto al ritmo de la rueda y de las muelas que dependían del turno de agua y de la demanda de la clientela. Los molinos más importantes y mejor situados fueron propiedad del clero o de medianos y grandes propietarios agrícolas —Moreno Alonso (1979, 144) recoge una relación de mediados del siglo XVIII, según la cual, funcionaban entonces, en el término de Alájar, cinco molinos cuya propiedad era de la Iglesia o de propiedad seglar, todos arrendados—. Sólo los más pequeños y de acceso difícil solían pertenecer a los molineros.

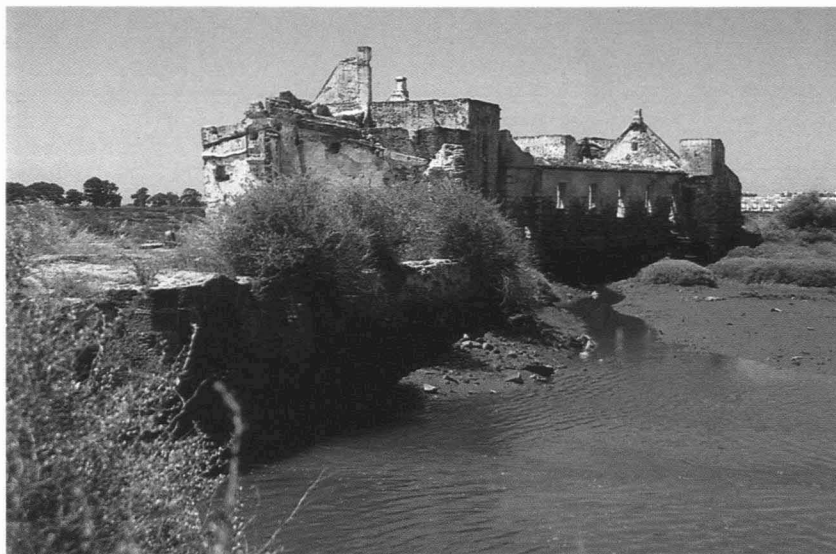
La vida en el molino no carecía de movimiento, siendo un espacio de sociabilidad entre personas (veceros) de localidades diferentes que acudían, tradicionalmente de generación en generación, para moler el trigo indispensable. Se acudía al molino con una frecuencia que oscilaba entre la semana y el mes según la cantidad de pan que se quisiera obtener; no moliéndose más que el grano preciso, con el fin de tener siempre harina recién molida y no correr el riesgo de verla estropear por los parásitos o que simplemente se anranciara.

Se echaba los costales de lona llenos de grano, en carros o directamente sobre las bestias, acudiendo al molinero de mayor confianza aunque a veces no fuera el más próximo. Javier Escalera (1985, 50) cuenta cómo en la Sierra se reunían varios familiares vecinos o amigos «para realizar conjuntamente el transporte, formando recuas con varios animales y aprovechando así al máximo la carga...». Según las épocas, la molienda podía llegar a efectuarse día y noche con el fin de cumplir con la demanda. La temporada alta abarcaba los meses de verano y principio del otoño, al coincidir la cosecha del grano y la disminución del caudal de agua (los molinos que no disponían de represas tenían que cesar la actividad durante los meses más secos). La clientela estaba compuesta de particulares y de panaderos locales ambos pagaban al molinero con una porción de grano o de harina (maquila), del orden de tres kilos o tres y medio por fanega, más otro almud por fanega si el transporte corría a cargo del molinero. La maquila podía ser en especie o su equivalente en dinero, aunque si la primera se mantuvo relativamente fija la segunda sufrió sensibles aumentos con el paso del tiempo. La influencia del modelo impuesto por las fábricas a partir de los años treinta, aceleró el proceso de monetización.

Se puede saber por Pérez Embid (1988, 47) que a finales del siglo XV existían uno 170 molinos en los cursos de agua de la comarca de Aracena, sensiblemente el mismo número que calcula Javier Escalera en el siglo XIX, completando las ausencias de la relación de Madoz, cifras en cierto modo no muy lejos de la cantidad que atribuye Núñez Roldán a esta zona (1987, 383), una media de cinco molinos por municipio —Moreno Alonso, confirma esta media en Alájar cuando apunta que a mediados del siglo XVIII existían cinco, *que molían de corriente en el invierno y en el verano de represa*, más dos otros en desuso—. Hace más de veinte años, Escalera Reyes censa en la comarca alrededor de ochenta, que si ya no funcionan aparecen como edificios en pie.

La distribución de molinos harineros en toda la provincia es desigual, Núñez Roldán, analizando el Catastro de Ensenada, cree que hay una *relación geográfica y numérica entre zonas productoras de cereal por excelencia y zonas deficitarias*. Según el mismo autor, en el Andévalo y en la Tierra Llana: Campo de Tejada y área de Trigueros (Niebla, Beas, Gibraleón, Trigueros, San Juan), algunos municipios rondaban la veintena de molinos de agua y viento, media superior a las zonas costeras y a la comarca de la Sierra. Estas cifras conviene ser ponderadas ya que su distribución no es homogénea ni constante su existencia. Así el recuento que hace Pérez Embid, para el siglo XV, distribuye los molinos entre Aracena (75), Aroche (27), Cumbres Mayores (24), Encinasola (37), Hinojales (5), y La Nava (2); cifras que se modifican según ciertos núcleos se vuelven autónomos, se pueblan o despueblan. En el XIX, según los informantes de Madoz, Arroyomolinos contaba con 18¹, Alájar con 8, Almonáster con 12, Fuenteheridos con 7, Galaroza con 6, Aroche con 11, Cortegana con 10, Cumbres de San Bartolomé con otros 10, Encinasola con 7... Mientras que el mismo diccionario no da medias tan altas de existencia de molinos hidráulicos en las otras comarcas. Si Alosno contaba en aquella época, con 12, sólo cinco eran de agua, El Cerro tenía 6, Moguer 11, Gibraleón 11, etc. Es verdad que también allí encontramos molinos

¹ Javier Escalera, hacia 1980, no da cuenta más que de diez. Si en total son 28 las ruinas que he podido comprobar, parecen existir trazas de otros cuatro, dando un total de 32 los que se han llegado a localizar en todo el municipio; aunque es poco probable que llegaran a funcionar todos en una misma época.



Molino mareal del Pintao (Ayamnte).

más grandes, con varias piedras, quedan aún en pie las ruinas de uno de ellos, el Molino de Esteban, en Niebla, que contaba con cuatro rodeznos y sus respectivas entradas de agua. En esa villa existen restos de otros tres molinos de dos piedras, con gran dique.

¿Dónde estaban emplazados y de qué tipo eran? Si en los alrededores de los pueblos y ciudades importantes existían buenos molinos, como ya se ha dicho, también los hubo en sitios alejados, cerca del agua, no representando particular problema los desplazamientos. Es más, como ya dije anteriormente, no siempre se elige al más cercano sino aquel donde asiduamente se ha ido; el ejemplo de una familia de arrieros de Galaroza es esclarecedor: a los molinos del pueblo preferían uno de Fuenteheridos donde iban a moler «*de toa la vida, porque eso era de tra'cendencia*». Según ellos: «*pesaban mejo' y daban buena harina*».

Si, según parece, los molinos harineros fueron de rodezno (cubo o canal), los topónimos «aceñas» puede que señalen la existencia anterior de ruedas verticales; queda la duda de que se refirieran a azudes u otros ingenios de rueda vertical (ver Caro Baroja, 1996, 248-250)². El informe que acompaña la propuesta de inscripción en el Catálogo General del Patrimonio Histórico

Andaluz, de los molinos de agua en Beas —que firma el arquitecto Antonio López Domínguez—, hace referencia a antiguas fuentes que le permiten concluir que *ya en época de Alfonso X, en 1267, se hace referencia a la existencia de aceñas harineras*. En Almonáster existe el lugar de la Aceña en el que se encuentra un molino de cubo. En Palos, sobre el Domingo Rubio, Madoz hace referencia a un molino harinero de presa con tres piedras llamado de La Señá, y en Moguer existía una calle de la Aceña, aún nombrada por los lugareños.

En La provincia de Huelva existen trazas de molinos hidráulicos de rueda vertical de los que al menos quedan aún en pie un ejemplar de almazara en Valdelarco, y otra en Alájar transformada en mesón que conserva la gran rueda y el acueducto, lo que nos prueba que era posible utilizar ingenios de rueda vertical movidos por el agua vertida desde un canal superior. Pero nada de todo esto nos permite afirmar o negar la existencia de aceñas harineras en la tierra onubense.

¿Qué ocurrió con los molinos? En los años 20 y 30 la creación de fábricas movidas con energía eléctrica puso en peligro la subsistencia de muchos de ellos, en particular los muy alejados o los demasiado cercanos a las grandes poblaciones.

² Bartolomé Marcos (1989, 47) hace mención de un molino de la Sierra Norte de Madrid que en el siglo xv se le llamaba Aceña del Cubo; lo cual le permite concluir que la denominación aceña encontrada corrientemente en aquella época excluía la posibilidad de que se refiriera a máquinas con álabes. Sin embargo, González Tascón (181-183) informa de una aceña con

cubo en San Esteban de Ribadillo, que servía para accionar dos ruedas: *el agua llega al molino por un canal elevado que se bifurca en su tramo final. El ramal principal llena de agua el cubo de un ingenio de rodezno que mueve una muela, mientras que el ramal derivado vierte el agua sobre una rueda vertical de arcaduces que mueve, mediante engranajes, la otra muela.*



Molino mareal del Pozo del Camino (Ayamonte).

Después de un cierto auge durante la posguerra, debido al estraperlo, todos desaparecieron entre los años cincuenta y sesenta. Si los grandes propietarios no tenían interés en invertir, los pequeños molineros, sin poseer grandes medios para transformar sus ingenios, no pudieron resistir al embate definitivo de las harinas industriales. Nuestra geografía se cubre de numerosas ruinas en tan mal estado que los inventarios apenas manifiestan la existencia de algunos. ¿Pero qué realidad reflejan? Sólo restos que de algún modo forman parte de la memoria local, o puedan sorprender al inventariador por su hechura o la hermosura del lugar. A veces edificios enteros, otras tan sólo un cubo de agraciada factura, otras una ruina colgada en un paraje irresistible. Sé de algunos que se han convertido en lujosas residencias de recreo, como el Molino Blanco de Las Chinas en Galaroza, restaurado por una pareja de estetas americanos —hoy en manos de urbanitas sevillanos—; otros cobijan a enganchados del caballo; otros a soñadores sin fortuna. Existen restauraciones que respetaron, más o menos, los ingenios, como la que se hizo en esta última década en un molino del Castañuelo (Aracena), o las que se están llevando a cabo en cinco edificios sobre el arroyo de los molinos en Beas, municipio decidido a levantar los siete molinos que existían en aquel lugar. Pero lugares, lo que se dice lugares, donde el hombre viva, sólo conozco uno en Almonaster, subiendo por el camino de San Cristóbal. Aprovechando las aguas de aquel barranco molían varios molinos. Hoy dos hombres habitan la Fábrica y la

Aceña, las gallinas, los gatos, el perro, el humo en la chimenea, son más que muelas, tolvas y rodeznos; esta presencia hace que el lugar exista, ellos son sus ángeles guardianes.

Los molinos de marea

Existen en las costas onubenses restos de otro tipo de molino hidráulico cuya fuente de energía era la proporcionada por la alternancia de mareas. La mayoría de estas fábricas aprovechan un solo movimiento oceánico, almacenando el agua a marea alta para soltarla a la baja; esos molinos son de rueda horizontal —rodezo o rodete—, mientras que para emplear la marea alta y la baja se necesita la rueda vertical.

El emplazamiento de estos molinos de mar exige condiciones mucho más restrictivas que los de río ya que, como escribe González Tascón (1992. 219): «no sólo se requieren mareas medias importantes (del orden al menos de dos metros), sino también que un estero o estuario sea fácil de cerrarse con una presa, de modo que se convierta en un depósito que se llena cuando se alcanza la pleamar, y se vacía a través del molino cuando el agua alcanza su nivel mínimo». Salvando este detalle el funcionamiento es similar a los otros molinos de rueda horizontal.

En nuestra provincia existieron molinos harineros de mar en Ayamonte, Isla Cristina, Cartaya, Redondela, Lepe, Huelva, Moguer (...), se encontraban sobre los esteros que se forman en la costa y al parecer eran todos de reflujo. Si en el Algarve existieron molinos de rodete y de ro-

deznos, en nuestra comarca no sé si se dieron los dos tipos de rueda, no conozco estudios que lo precisen, probablemente la mayoría utilizara el rodezno.

En Cartaya sabemos por Madoz que estaban «*situados en los Esteros de la ría, cinco molinos harineros que muelen á la hora del reflujó*». Quedan restos de cimentación de varios molinos en el Prado Viejo, en el Pozo Judío, en La Barca sobre el río Piedras, desde el mismo puente de la carretera de Cartaya a Lepe, a mano derecha, se divisan rastros de uno, el que existía a mano izquierda desapareció hace poco. En el barrio del Molino la Vega de Huelva, se hallaba un molino de mar, instalado sobre las marismas. Según González Escobar, ya funcionaba en el siglo XVI, *aprovechando las marismas mareales en ese curso del Odiel*. Este autor nos informa que en el estado de Saltés existieron al menos cuatro molinos de mar, de los que no había rastro en 1946.

En Ayamonte, Madoz hace referencia a 4 molinos de río y 6 molinos en la marisma. Entre Ayamonte e Islantilla se han catalogado restos de diez molinos: El molino del Dique, el de San Juan de Dios, el de San Miguel, Rastro, Nuevo, Molino Chico, San Antonio, Arbolito, El Pintao y Molino del Pozo del Camino. El Pintao fue una fábrica de seis piedras de factura colosal, está en proyecto su rehabilitación con el fin de hacer un centro de interpretación del Patrimonio Natural y Cultural; en cuanto al molino del Pozo del Camino, acoge ya el museo del Hombre y la Marisma. Espero que estos proyectos contengan algo más que espacios informativos fósiles, que se imaginen lugares vivos donde se pueda también investigar y crear riqueza, facilitar documentación dinámica gracias a un banco de información en tiempo real, solventar problemas de legislación medioambiental, aunar luchas, proyectos y esperanzas, etc.

¿Qué uso para los molinos de mar o de río, qué uso para las ruinas? No creo que sea necesario restaurar a troche y moche, hay ruinas hermosas que marcan el paisaje con un perfil tan limpio que no creo necesario su empapelamiento. No hay peor restauración que la sistemática; antes de reconstruir hay que saber para qué se hace, cómo se va a rehabilitar. El peor uso es el desuso, no basta con restaurar, es necesario habitar, imaginar para darlos realmente vida. Devolverles la pena temporal del agua, no condenarlos al silencio de sus com-

puertas siempre abiertas y sus rodeznos sin apremio.

Bibliografía

- AZURMENDI PÉREZ, L., 1985, *Molinos de mar*, Santander
- BARTOLOMÉ MARCOS, L. (y otros), 1989, «Molinos de agua de la Sierra Norte de Madrid: Pasado, presente y futuro posibles». En *Los molinos, cultura y tecnología*, Sorzano, 43-69.
- CALVENTE COCA, A. y SANZ GARCÍA, I., 1995, *Molinos mareales de Ayamonte*, Ayamonte.
- CANTERO MARTÍN, P. A., 1997a, «Arquitectura del agua: el espacio del agua». En *P.H.* núm. 18 (Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico), Sevilla, 86-92.
- 1997b, «Los Molinos de agua. Las riberas de Arroyomolinos». En: J. A. Márquez Domínguez y J. M. Jurado Almonte (coords.), *Artes, Costumbres y Riquezas de la Provincia de Huelva*. Madrid, 145-160.
- 1998a, «La Ciudad y El Agua. Fuentes y lavaderos de Cañaverale de León». en J. A. Márquez Domínguez y J. M. Jurado Almonte (coords.), *Artes, Costumbres y Riquezas de la Provincia de Huelva*. Madrid, 325-340.
- 1998b, «La memoria del agua. Valores, usos y representaciones del agua en las ciudades del Sur». En: *El Agua a Debate, desde la Universidad. Hacia una nueva cultura del agua*. Zaragoza, 65-75.
- CARO BAROJA, J., 1996, *Tecnología popular española*. Barcelona (1.ª ed. 1983, Madrid).
- ESCALERA REYES, J., 1984, «Tecnología tradicional e investigación etnográfica: Los molinos de agua». En Salvador Rodríguez Becerra ed., *Antropología cultural de Andalucía*, Sevilla, 525-537.
- 1985, «Estudio etnográfico sobre el ciclo del cultivo, transformación y elaboración tradicionales del trigo en la Sierra de Aracena». En *Etnografía Española* núm. 5, Madrid. 7-74.
- ESCALERA REYES, J. y VILLEGAS SANTAELLA, A., 1983, *Molinos y panaderías tradicionales*, Madrid.
- GÓMEZ MORENO, J., 1992, *Nerva Historia de un pueblo*. Nerva.
- GONZÁLEZ ESCOBAR, J. L., 1996, «Antiguos molinos de viento, agua y mareales en la provincia de Huelva». En *Huelva viva* núm. 2, Huelva, 6-15.
- GONZÁLEZ TASCÓN, I., 1992, *Fábricas hidráulicas españolas*, Madrid
- LEMEUNIER, G. 1995, «El tiempo de las fuentes». En: Pedro A. Cantero, *Arquitectura del agua. Fuentes Públicas de la Provincia de Sevilla*. Sevilla, 11-16.
- MADOZ, P., 1988, «Huelva», ed. facsm. del *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España (1845-1850)*, Huelva.
- MORENO ALONSO, M., 1979, *La vida rural en la Sierra de Huelva*. Alájar, Huelva.
- NÚÑEZ BONILLA, J., 1975, *Retazos de la Historia de Cañaverale de León*. Huelva.

NÚÑEZ ROLDÁN, F., 1987, *En los confines del reino. Huelva y su Tierra en el siglo XVIII*, Sevilla.

PAVÓN MALDONADO, B., 1990, *Tratado de arquitectura Hispano-Musulmana*. Tomo I (Agua). Madrid

PÉREZ-EMBED WAMBA, J., 1988, «La estructura de la producción agraria en la Sierra a fines de la Edad Media».

En *II Jornadas del patrimonio de la Sierra de Huelva*, Huelva, 29-67.

RODRÍGUEZ BENEYTO, E., 1992, «Cien años de historia de la fuente de Los Doce Caños en Galaroza». En *IV Jornadas del Patrimonio de la Sierra de Huelva*. Huelva, 113-119.

VALLE (DEL) RUBIO, M., 1987, *Derrota de una reflexión*. Madrid.



Denominación de Origen.

A veces, un nombre
puede decir muchas cosas.
Puede hablarnos
de la ilusión, del esfuerzo
y el compromiso de muchas personas.
Expresar la satisfacción
por la labor bien hecha.
Reflejar el orgullo de trabajar
por y para nuestra tierra.

Así somos en Caja Rural de Huelva.
Una entidad líder
con denominación de origen.



**CAJA RURAL
DE HUELVA**